

T →

La coyuntura internacional y sus efectos en América Latina

por Alvaro Briones y Theotonio Dos Santos ← Δ S

DESDE el momento que el proceso de integración capitalista mundial llegó a su culminación luego de la Segunda Guerra Mundial, el análisis de la situación de coyuntura de los países o regiones caracterizados por su condición de dependencia ha debido ligarse, en forma cada vez más estrecha, al análisis de la situación internacional del sistema capitalista.

Por tal motivo, para intentar una interpretación de la situación y rol de América Latina en la actual coyuntura internacional, que es nuestra intención en estas notas, se hace necesario realizar antes un breve resumen de las características de la misma.

1. *Tendencias de la coyuntura internacional*

Después de un periodo de auge más o menos continuo desde 1949 hasta la década de 1960, la economía capitalista internacional inició una *etapa depresiva* que deberá extenderse por un periodo relativamente largo. La primera fase de esta etapa depresiva se extendió entre 1967 y 1971, años marcados en general

por una baja de la tasa de crecimiento económico de todos los países capitalistas desarrollados y por una situación de no crecimiento en algunos de ellos en los años de 1967 y de 1969 a 1970. Asimismo, en estos años se empezó a cuestionar definitivamente el sistema internacional que se estableció en Bretton-Woods que había sido el soporte financiero del auge económico anterior, al comenzar a cuestionarse seriamente el papel del dólar, con la pérdida definitiva del papel moneda internacional de la libra y al establecerse el sistema de libre variación de las monedas en el mercado internacional. También en este periodo se inició un proceso inflacionario abierto que venía siendo controlado a duras penas durante el periodo anterior y se caracterizó por primera vez el fenómeno de la "stagflación".

En medio de esta tendencia a la depresión, el periodo de mediados de 1971 a fines de 1973 representaron una situación de recuperación económica. Dicha recuperación fue, esencialmente, el producto de la aplicación de medidas extremas por parte de los sectores dominantes en los Estados Unidos, generando

estímulos artificiales a la producción y al pleno empleo y, sobre todo, con base en la verdadera agresión hacia sus aliados que representó la devaluación del dólar —diciembre de 1971 y febrero de 1973— con el objeto de recuperar su capacidad competitiva internacional. Por tales razones, las medidas mencionadas provocaron fuertes presiones inflacionarias al crear una demanda artificial de productos agrícolas y materias primas, la que a su vez se vio multiplicada por las compras masivas de la URSS y otros países socialistas a las economías capitalistas —principalmente los Estados Unidos— adquiriendo ellas un carácter claramente inflacionista en condiciones de la baja generalizada de las cosechas de 1973.

Por último, debe tenerse en consideración entre los factores que definieron las características del proceso de recuperación de 1972/1973, el hecho que el boicot de los países productores de petróleo con ocasión del conflicto árabe-israelí de fines de 1973, culminó ese importante movimiento alcista de los precios internacionales, aun cuando los precios del petróleo en sí sólo incidían en un 1% aproximado en la inflación internacional, según cálculos de la OPEP.

A fines de 1973 empezó a presentarse una baja en el crecimiento económico

de los Estados Unidos, Europa y Japón. En un comienzo se intentó atribuir ese hecho a las dificultades creadas por el petróleo. Pero se sabía muy bien que casi todos los países capitalistas habían tenido que aplicar, desde mediados del año, importantes medidas de contención de la inflación que llegaba a límites incontrolables, y que esas medidas afectarían necesariamente la tasa de crecimiento.

Es así que en los Estados Unidos la tasa de crecimiento del producto nacional bruto a precios reales inició el año con una tasa anual ajustada del 9%, la cual al terminar el primer trimestre había caído al 2%, al fin del segundo trimestre se conservaba a la altura de 1%, al fin del tercer trimestre sufría un ligero repunte a poco más del 2% para finalmente caer de manera brutal hasta menos el 7% al fin del primer trimestre de 1974.

Una recuperación relativa elevó esa tasa al -1.5% al fin del segundo trimestre de 1974 conservándose en el -2% en el tercer trimestre y terminando con otra baja brutal en el cuarto trimestre lo que implica una tasa anual ajustada del -9%.¹

En términos absolutos reales, el PNB había seguido la siguiente evolución hasta el segundo trimestre de 1975:

| Año | 1972 | 1973 | 1974 | 1975 | |
|-----------|-------|------|-------|-------|-------|
| Trimestre | | | | I | II |
| PNB | 792.5 | 93.2 | 821.2 | 780.0 | 783.1 |

FUENTE: Survey of Current Business, August, 1975.

¹ *Newsweek*, January 27, 1975, p. 26.

De este modo, el PNB en los Estados Unidos era a mediados de 1975 inferior en un 12% al PNB en 1973 y la producción industrial, a fines de 1974, era inferior en un 6.5% a la del mismo año.

Dentro de este último rubro debe destacarse de manera significativa la industria automovilística, sobre la cual descansa gran parte de la prosperidad industrial norteamericana: en 1974 las ventas de automóviles norteamericanos cayeron un 23% en relación a 1973; la producción bajó un 25% y cerca del 40% de los trabajadores habían sido despedidos.²

A su vez los datos referentes a la industria de la construcción, segunda base de apoyo de la prosperidad norteamericana revelaban la siguiente situación: al comenzar el año 1970 se iniciaba la construcción de 1.236,000 casas en los Estados Unidos; al comenzar el año 1972 la cifra se elevaba a 2.500,000, pero al terminar el año 1974 la cantidad de casas cuya construcción se iniciaba, había disminuido a 989,000, un 20% menos que 4 años antes y un tercio menos que dos años antes.³

En tales condiciones la tasa de desempleo alcanzó la altísima cifra de 9.2% en mayo de 1975, lo que representaba aproximadamente 8.5 millones de norteamericanos en condiciones de trabajar, desempleados. (*Monthly Labor Review*, August 1975.) En el mismo plano de desocupación de factores, la capacidad industrial instalada era utilizada sólo en un 84% en marzo de 1974, en un 78% en diciembre del mismo año y en un 75% en marzo de 1975. (*Survey of Current Business*, June 1975.)

Los efectos de la desocupación sobre

el nivel de consumo, cuyas consecuencias sobre la producción son muy directas a no ser que el Estado tome medidas para generar algún consumo extraordinario, indican que el salario medio rural a fines de 1974 era un 5% inferior al de 1973 y los trabajadores laboraban menos horas en cada jornada. La baja de los salarios es a su vez acompañada de una baja similar de la productividad de la economía. A fines de 1973 la producción por hombre hora en Estados Unidos cayó en un 5% en el primer trimestre, en 0.8% en el segundo, se recuperó un poco a una tasa de 1% en el tercer trimestre, volvió a caer en el cuarto trimestre en un 2% y continuó cayendo en el primer trimestre de 1974 en un 3%.⁴

Naturalmente esta situación debe verse reflejada en el elemento motor de la economía capitalista y, por lo tanto, principal instrumento de medición de la situación económica: las ganancias. Es necesario tener en cuenta, sin embargo, las defensas de su tasa de ganancia elaboradas por el monopolio, tanto a través de los precios como mediante otros mecanismos tales como exención de impuestos y diversas facilidades y estímulos estatales.

Es así como, a pesar de la situación imperante en 1974, las sociedades anónimas norteamericanas reportaron a mediados de ese año un aumento del 23%

² *U.S. New & World Report*, February 3, 1975.

³ *U.S. New & World Report*, February 3, 1975. Según esta publicación, la tasa de inicio de construcción de casas a fines de 1974 fue la más baja en cualquier trimestre de los últimos 8 años y la segunda más baja en los últimos 30 años.

⁴ *Time*, January 3, 1974.

en relación al mismo periodo de 1973. Pero, de hecho, si descontamos la tasa de inflación vemos que hubo una declinación en las ganancias del periodo. Según los datos de *US News & World Report*, las ganancias reales de las 1,065 corporaciones norteamericanas investigadas por su unidad de economía disminuían del valor nominal de 85,600 millones de dólares a sólo 25,200 millones, lo que representaba una baja del 43% en relación a las ganancias alcanzadas en 1965 por esas mismas compañías cuyo valor real era de 44,400 millones de dólares (los datos son calculados a dólares de 1965).⁵

La situación se mantenía inalterada, al menos hasta mediados de 1975, puesto que en mayo de ese año se daba a la publicidad el hecho de que la empresa más grande del mundo, General Motors, había tenido pérdidas por 105.8 millones de dólares durante el periodo anterior.⁶

Podemos ya concluir, sobre la base de los datos anteriores, que por lo menos en lo que respecta a los Estados Unidos, la tendencia depresiva que se hizo presente primero en 1967 y que fue contenida en el periodo 1971-73 alcanzó a partir de 1974 caracteres de verdadera "crisis" económica, reconocida como tal incluso por los más vehementes defensores del sistema, aceptándose además como la situación más grave desde la crisis de 1929-32.

Debe anotarse además como una característica fundamental de la actual situación de crisis el hecho que ella sea, sin duda alguna, la más universal y extensa de la postguerra. Tal hecho es importante puesto que, a partir de

la situación creada luego de la Segunda Guerra Mundial, con la hegemonía alcanzada por los Estados Unidos en el concierto capitalista internacional, sólo este país había presentado situaciones recesivas de carácter más o menos crítico.

En 1967 y 1971 se dieron, por primera vez, periodos relativamente cortos de convergencia entre la crisis norteamericana, europea y japonesa. Pero, entre 1974 y 1975, su carácter universal se ha hecho claro y admite un menor número de dudas. Hoy se puede afirmar con seguridad que la depresión es universal en los países capitalistas dominantes.

En 1974 junto con Estados Unidos que presentó una baja del PNB del 2%, Japón registró una baja del 3% y la producción inglesa en noviembre de 1974 era 2.7% menor que en noviembre del año anterior.

Los datos sobre desempleo son más claramente indicativos de la extensión internacional de la depresión, principalmente si se toma en consideración la situación de pleno empleo que prevaleció prácticamente desde 1950 hasta 1973 (excepto en Estados Unidos e Inglaterra). Según el Departamento del Trabajo de Estados Unidos que ajusta los criterios externos y los norteamericanos, en enero de 1975, la tasa de desempleo de Estados Unidos era del 7.1% de la fuerza de trabajo; la de Canadá, el 6.1%; la de Austria, el 5.5%; la de Francia, el 5.0%; la de Gran Bretaña, el 4.2%; la de Italia, el 3.5%;

⁵ *U.S. News & World Report*. November 4, 1974.

⁶ *Excélsior* (México), 5 de mayo de 1975.

la de Alemania, el 2.1%; la de Suecia, el 1.7%, y la de Japón, el 1.4%. Estas cifras representaban cerca de 4 millones de desempleados en el Mercado Común Europeo. Es importante señalar también que en Europa hay aún brutales diferenciaciones regionales, particularmente en lo que se refiere a los índices de empleo. Regiones como el sur de Italia e Irlanda presentaban tasas de desempleo del 9% hacia arriba a comienzos de 1974.⁷

Otro aspecto que revela el carácter internacional de la crisis es la inflación. Esta se ha generalizado por todo el mundo capitalista en proporciones desconocidas hasta ahora. Según *The Economist* (18-24 de enero de 1975) la inflación en 1974 fue del 7% en Alemania, de 15% en Francia, del 17.5% en Inglaterra, del 22.5% en Italia, del 10.5% en Holanda, del 16% en Bélgica, del 16.5% en Dinamarca, del 16.5% en Irlanda, del 16.5% en Estados Unidos, y del 25% en Japón. Se puede hablar sobre esa base, de la stagflación o deprelación como un fenómeno general del capitalismo actual.

Los antecedentes más actuales sobre la evolución de la crisis representaban la siguiente situación según la OCDE.⁸ Estados Unidos había experimentado durante el año 1975 una variación de -3% en la tasa de crecimiento de su PNB con relación a 1974, calculada en valores corrientes; la producción industrial había disminuido en 9% en relación al año precedente, la tasa de desocupación en octubre alcanzaba a 8.6%, de la población económica activa y el índice de precios al consumidor, en octubre de 1975 con relación a diciem-

bre de 1974, era de 7%. Japón había tenido en 1975 un menguado crecimiento de 1.25% en su PNB (calculado en valores corrientes), luego de haber experimentado durante 1974 un decrecimiento equivalente a -1.5% y en septiembre de 1975 la tasa de aumento de los precios en relación al mismo mes del año anterior alcanzaba a 10.3%. Alemania experimentaba en octubre de 1975 una desocupación de 4.8% de la población económica activa, en tanto que la tasa anual de crecimiento de los precios al consumidor era de 6% y el PNB durante 1975 había registrado una tasa negativa equivalente a -3.75%. En relación al año anterior (en valores corrientes), Francia experimentaba un decrecimiento de su producto interno bruto, del orden de -2.5% (calculado en valores corrientes), en tanto que los precios al consumidor aumentaban, el tercer trimestre de 1975, en una tasa anual de 9% y en octubre mantenía al 4% de su población económicamente activa en condiciones de desocupación. Finalmente, el Reino Unido también había experimentado un crecimiento negativo de su producto interno bruto, equivalente a -2.25%, calculado en valores corrientes; una inflación de 15% anual (calculada en octubre) y una desocupación, también medida en octubre, equivalente al 4.7% de la población económicamente activa.

Todos los análisis de corto plazo, sin embargo, indican una perspectiva de recuperación que ya se ha hecho sentir en los últimos meses de 1975 y

⁷ *The Economist*, January 25, 1975.

⁸ *Perspectives Economiques de la OCDE*, No. 18, December 1975.

que deberá experimentarse con mayor vigor durante 1976. Así es como, si bien el desempleo en los Estados Unidos se mantiene a niveles considerados superiores a los normales (alrededor de 8.5% después de mayo de 1975), se debe considerar que no ha seguido agudizándose el fenómeno; igualmente algunos rubros productivos, especialmente el sector industrial, experimentaron un repunte evidente a contar del segundo semestre de 1975. En Japón, durante los siete meses anteriores a septiembre de 1975, la tasa de producción industrial aumentó a una tasa media anual de 14%, lo que según la OCDE representó un ligero aumento de la tasa de utilización de la capacidad instalada; el consumo privado ha venido experimentando un progreso persistente y la tasa de inflación que antes anotáramos, de 10.3% anual calculado en septiembre, era sensiblemente inferior a la de los doce meses anteriores en los cuales había alcanzado a 24%. En Alemania la producción, luego de haber experimentado una caída espectacular durante los meses anteriores (el PNB disminuyó en -7.2% anual al primer semestre de 1975), tuvo un aumento de 2% anual al segundo semestre del mismo año y la producción industrial estabilizó su caída en julio, a los niveles de 1970; la desocupación se ha estabilizado alrededor del 4.8% al igual que los precios al consumidor alrededor del 6%. En Francia, si bien la producción industrial ha seguido disminuyendo, a partir del tercer trimestre de 1975 el ritmo de esa disminución pareció hacerse menos agudo. Igualmente, si bien es cierto que la tasa de infla-

ción es todavía muy alta (alrededor de 9%), el ritmo de aumento de los precios parece disminuir.

La OCDE hace, en general, la siguiente proyección para 1976: "La recuperación prevista será más rápida en Norteamérica y en Japón en donde el PNB podrá aumentar alrededor del 5% entre el segundo semestre de 1975 y en el segundo semestre de 1976, y sensiblemente más lenta en Europa donde el crecimiento podrá estabilizarse en 3 o 3.5% durante ese periodo en Francia y en Alemania pero no podrá ser sino de 2% o menos en Italia, Reino Unido y en los pequeños países a su alrededor. El desempleo y la capacidad de producción desocupada disminuirá ligeramente en los Estados Unidos, pero podrá aumentar todavía en prácticamente todos los otros países de la OCDE".⁹

Sin embargo estas proyecciones, que con todo son bastante cautelosas, no pueden servir de base a la previsión de una recuperación general del sistema. La crisis en curso revela muy clara y dolorosamente aquellos problemas estructurales de un sistema en decadencia, frente a la cual son cada vez más estériles las medidas coyunturales de manipulación fiscal de algunas variables económicas. Todo indica, por lo tanto, que la recuperación que comienza deberá estar caracterizada por graves problemas. Al igual que en el periodo de recuperación relativa de 1972-73, se partirá de una tasa de inflación muy alta, con posibilidades muy limitadas de reducción de la tasa de

⁹ *Perspectives Economiques de la OCDE*, No 18, December 1975.

desempleo y con una perspectiva de las inversiones claramente no productivas sino especulativas y de corto plazo. Más aun, incluso una recuperación relativamente significativa (la OCDE calcula una tasa de crecimiento del PNB de 5.75% en valores corrientes en los Estados Unidos durante 1976), no representaría más que recuperar los volúmenes de producción del periodo 1972-73 y en algunos casos de 1970. Concretamente, esa tasa nominal de 5.75% representaría en los Estados Unidos una producción anual inferior a la de 1973 y sólo ligeramente superior a la de 1974.

Se puede afirmar, en consecuencia, que la recuperación en marcha sólo es el preludio de una nueva depresión y crisis mucho más grave que la que termina, pues la confianza en el sistema habrá mermado considerablemente y la conciencia de la necesidad de enfrentar los problemas de fondo agudizará los conflictos sociales y aun las contradicciones entre las potencias capitalistas.

2. *La crisis del sector externo en América Latina*

La crisis del sistema capitalista internacional se reproduce y agudiza en las condiciones del capitalismo dependiente. El alza internacional de precios de las manufacturas y las medidas tomadas en relación al comercio exterior por parte de las potencias capitalistas representan para los países dependientes la profundización de algunas de sus características más negativas, fundamentalmente la descapitalización de sus eco-

nomías y el aumento de las transferencias de sus recursos al exterior.

Sólo durante 1975, el déficit internacional de los países "subdesarrollados" no exportadores de petróleo alcanzó a 38,000 millones de dólares según la Secretaría de Hacienda de los Estados Unidos¹⁰ y, según la misma fuente, el déficit calculado para 1976 no podría bajar de 35,000 millones de dólares. Esta situación implicaba, de acuerdo a la OCDE, que en 1975 las reservas monetarias de estos países habían disminuido en 3,000 millones de dólares, calculando una disminución de 1,500 millones para 1976.¹¹

Esta situación afecta particularmente a América Latina. Según un comunicado de la CEPAL dado a conocer el día 22 de diciembre¹² el valor unitario de las exportaciones de América Latina había aumentado durante 1975 en un 1%, en tanto que el valor unitario de las importaciones lo había hecho en 14%, reflejando claramente la incapacidad del continente de contrarrestar la inflación internacional. Este diferencial entre el aumento de los precios unitarios de las importaciones y exportaciones se reflejaba en la evolución de los términos del intercambio que experimentaban una baja del 11%, incluyendo a los países exportadores de petróleo, lo que revela la importancia de este deterioro puesto que los países no exportadores de ese energético ya habían experimentado una baja de 10% en el año anterior. La consecuencia fi-

¹⁰ *Excélsior*, 18 de diciembre de 1975.

¹¹ *Excélsior*, 18 de diciembre de 1975.

¹² Publicada por *Excélsior*, 23 de diciembre de 1975.

nal en este plano era la merma, en un 17%, del poder de compra de las exportaciones.

En tales condiciones, nuevamente aumentó el déficit de la balanza comercial de los 19 países no exportadores de petróleo, desde 9,200 millones en 1974 a 10,300 millones en 1975. Si a este déficit se agregan los pagos por concepto de servicio de la deuda externa y utilidades, el saldo negativo aumenta a 15,300 millones de dólares en relación a los 13,000 millones de 1974.

Es en función de esta situación que América Latina aparece en la posición más desfavorecida en el proceso de descapitalización general de los países dependientes. Según la información antes citada de la Secretaría de Hacienda de los Estados Unidos, dos países, Brasil y Corea del Sur, respondían por una tercera parte del déficit total de los países "subdesarrollados" no exportadores de petróleo, en tanto que de la disminución total de las reservas de estos mismos países (3,000 millones de dólares, según se ha dicho), 1,000 millones correspondían solamente a la pérdida de reservas de la Argentina, según la OCDE, y 1,500 millones a Brasil.

Es extremadamente ilustrativo el hecho de que los dos países que presentan mayor déficit (Brasil y Corea del Sur) hicieron un esfuerzo especial para facilitar la inversión extranjera y orientarse hacia una mayor exportación de productos industriales buscando integrarse en una nueva división internacional del trabajo en la que los países dependientes reciben una cuota mayor del mercado de bienes industriales de las economías desarrolladas. En ese sen-

tido, los datos nos muestran lo engañoso de esta perspectiva aparentemente favorable. El aumento de las exportaciones de productos industriales que se verificó en estos países en una alta escala fue acompañado por un aumento de las importaciones de insumos industriales muy superior, agigantando de manera impresionante el "déficit" comercial. Al mismo tiempo, se aumentaron los fletes pagados por este comercio creciente a las compañías internacionales. Por fin, las altas ganancias obtenidas por las empresas multinacionales que se apropiaron de este crecimiento de las exportaciones fueron remesadas masivamente al exterior y, al mismo tiempo, las facilidades de especulación con los recursos financieros locales en negocios de corto plazo aumentó de manera incontrolable los recursos captados por esas compañías y sus aparatos financieros en estos países.

Los masivos "déficits" en Brasil y Corea del Sur son solamente el inicio de un proceso de descapitalización en expansión en que estos países ocupan una posición de punta.

Esta situación deficitaria está ligada, en el plano político, al intento de crear un proceso de crecimiento acelerado para responder a diferentes momentos de amenaza de constituirse una alternativa socialista, como se intentó primero con la "revolución en libertad" de la Democracia Cristiana de Rafael Caldera en Venezuela y Eduardo Frei en Chile, o con la proposición de "modernización" y desnacionalización que involucra el llamado "milagro brasileño". Ese esfuerzo por mantener altas tasas de crecimiento (sobre el 10% en

Brasil en el período 1969-73) ha implicado la necesidad de promover artificialmente una ampliación de las inversiones sobre la base de la utilización intensiva del endeudamiento externo, al extremo de hacer también artificial el fundamento de toda la actividad económica de estos países, que se mantienen recurriendo primero a la inyección exterior de inversiones productivas y luego, como una droga que crea adicción, volver nuevamente a ella pero esta vez para pagar los servicios de la deuda acumulada y así sucesivamente en un proceso que no tiene salida aparente.

Basta señalar como ilustración de este fenómeno de endeudamiento creciente, que la deuda acumulada por Brasil asciende ya a 22,000 millones de dólares, habiendo recibido en 1975 6,000 millones de dólares en préstamos y capitales, en circunstancias que sus reservas internacionales sólo son en la actualidad 3,500 millones. Al mismo tiempo, la dictadura chilena comprometida en un esquema tipo “milagro brasileño”, solamente en sus dos primeros años de existencia ha recibido créditos externos —de gobiernos y organismos internacionales—, en un monto de 2,000 millones de dólares. El fenómeno se agrava cuando se comprueba que la dinámica de crecimiento se hace insostenible en esas condiciones, lo que ya se hace evidente en el anuncio de que el ritmo sostenido durante 1973 y 1974, de 7.2 y 7% de las tasas de crecimiento del PNB de América Latina, se verá roto durante 1975 en que esa tasa fluctuará entre 3 y 4%¹³ ¿Qué significa esto? Que las tendencias especulativas que caracterizan a la inver-

sión en las potencias capitalistas también han alcanzado a los países que estructuralmente dependen de ellas, especulación que compromete gravemente su situación financiera internacional.

Es aun más grave constatar que una masa creciente y hasta mayoritaria de los nuevos créditos internacionales se destina a cubrir el endeudamiento anterior. De esta manera, se compromete decisivamente la capacidad de estos países de absorber recursos internacionales para alimentar sus inversiones internas y se desgastan definitivamente sus proyectos de crecimiento económico acelerado. El esquema es simple: importación de capitales para crecimiento económico con mercado interno limitado, bajos salarios, pequeña absorción de mano de obra, estructuras agrarias y comerciales atrasadas, aumento de las exportaciones de productos manufacturados; esta entrada de capitales implica exportación de las ganancias del capital invertido, aumento superior de las importaciones de insumos y bienes de consumo superfluo para las capas privilegiadas por el aumento del ingreso y su concentración, mayores pagos de servicios técnicos y patentes y de flete para el comercio creciente, turismo de esas capas privilegiadas. Resultado: aumento del déficit comercial y de servicios, préstamos para cubrir estos déficits, aumento de los pagos por servicio de la deuda externa creciente, aumento de la parte improductiva del “financiamiento” externo, deterioro de la capacidad de financiamiento productivo y de las tasas de crecimiento. La

¹³ *Excelsior*, 13 de diciembre de 1975.

crisis internacional, al aumentar el deterioro de los términos de intercambio, aumentar las necesidades financieras de los países desarrollados, disminuir su capacidad de compra y disminuir la capacidad de financiamiento de los Estados de los países desarrollados inmersos en una crisis fiscal creciente, no hace más que precipitar los factores de una crisis estructural del modelo de desarrollo, excluyente, desnacionalizador y concentrador del ingreso, que el capitalismo dependiente pudo realizar en el cuadro de un vínculo cada vez más estrecho y subordinado a una economía capitalista internacional que alcanzó un alto grado de integración en el auge económico de 1947 a 1967.

Las recuperaciones parciales y limitadas como la de 1961, la de 1971-73 y la que está en marcha a partir de fines de 1975, no hacen más que profundizar el mecanismo de la crisis produciendo espasmos parciales de inyecciones de financiamiento y ampliaciones del comercio internacional, que precipitan a esos países en nuevas contracciones violentas en los periodos depresivos que siguen a estas recuperaciones artificiales.

¿Qué consecuencias podemos esperar para estos países de esta coyuntura internacional, limitándonos por el momento a los aspectos de las relaciones económicas internacionales, para ver enseguida cómo se articulan con las estructuras económicas internas que determinan, en última instancia, el resultado final del proceso histórico?

Una primera consecuencia que se presenta con caracteres inevitables es la moratoria internacional a la que ten-

drán que recurrir los países deudores. Prácticamente no existe en el presente una mayor capacidad de endeudamiento de parte de las economías dependientes y, lo que resulta más complejo, tampoco existe capacidad de crédito por parte de las potencias de modo de seguir sosteniendo el círculo vicioso del financiamiento para cubrir viejas deudas. El sistema financiero internacional ha llegado al límite de sus posibilidades en las condiciones de todos conocidas: inflación sin perspectivas de contención y crisis de liquidez. De esa manera, la moratoria no representa sólo una necesidad para los países deudores, sino también para las potencias acreedoras en una suerte de reorganización del sistema financiero que en la práctica consistiría en una nueva repartición de las fichas para que el juego pueda continuar.

El marco de esa moratoria parece comenzar ya a definirse en los términos de los principios de reforma del sistema monetario internacional acordados en la reunión del Fondo Monetario Internacional en Kingston, Jamaica, en los primeros días de enero. Dichos acuerdos, que en última instancia vienen a representar un aumento de la liquidez internacional y una mayor disponibilidad de la misma orientada a los países "subdesarrollados", puede ser un sustento, deficiente, de una redefinición de los términos de la deuda fundada en una nueva composición de los fondos de reserva internacionales.

Ella se traduce en dos grandes puntos: a) la unificación de fuerzas de los países exportadores para defensa de precios, apertura de mercados nuevos,

destrucción de barreras tarifarias a nuevos productos, ampliación del comercio intrazonal; b) la búsqueda de diversificación de las fuentes de abastecimiento y financiamiento particularmente entre los países capitalistas desarrollados y, por realismo, con el campo socialista.

La unificación de las fuerzas de los países dependientes se traduce no sólo en el fortalecimiento y radicalización de las demandas del bloque de los no alineados en las Naciones Unidas, de la política de la UNCTAD y de otros organismos internacionales, sino también en la formación de carteles exportadores y en el intento de desarrollar los mecanismos de integración regionales y subregionales, con especial énfasis latinoamericanos, en las corporaciones multinacionales basadas en capitales estatales integrados. Se amontonan nuevas siglas y nuevas esperanzas (SELA, Naviera del Caribe, Pacto Andino, OPEP, OPEC, etc.). Sin dejar de comprender la importancia de este fenómeno que se liga estrechamente al debilitamiento de la estructura económica internacional generada en los años de auge económico y articulada por la hegemonía tecnológica financiera y comercial norteamericana, no debemos sobrestimar sus posibilidades de articular una estructura ajena a esta hegemonía y dominación. Estas medidas no rompen radicalmente las relaciones de dependencia y solamente las elevan a un nuevo nivel. Se trata de una redefinición de las relaciones de dependencia que obligue al capital monopolista internacional a acentuar y profundizar un nuevo proceso de división internacional que él mismo inició. Esto no elimina, sin

embargo, el hecho de que durante un periodo más o menos largo, directamente ligado a la depresión internacional (que tiene momentos de recuperación pero que es la forma dominante de la economía internacional capitalista desde 1967) los conflictos inmediatos de intereses tienden a acentuarse. En consecuencia, muchas de esas medidas tenderán a asumir un carácter conflictivo en algunos países y deberán provocar coyunturas revolucionarias cuyos resultados finales dependerán esencialmente de las correlaciones de fuerzas internas y de la capacidad de los liderazgos políticos de entender, estudiar y aprovechar las circunstancias creadas.

En lo que respecta a las posibilidades de relaciones económicas con los otros centros imperialistas, que logren diversificar y balancear las relaciones de dependencia, hay que anotar algunos puntos de reflexión. La crisis general del capitalismo es tan grave en estos países como en Estados Unidos, con un agravante: en ellos existen en general fuertes partidos de izquierda capaces de canalizar en un sentido reformista y en algunos casos revolucionario, la decepción política e ideológica generada por la crisis. En este contexto, las posibilidades de comercio y de ayuda financiera son escasas, pero la influencia ideológica de un proletariado europeo y japonés en radicalización puede generar problemas a las burguesías locales. En resumen: poca compensación material, mucho problema político e ideológico.

Esto no quiere decir que haya un vacío económico en este campo. Algu-

nos países como Alemania y Japón han aumentado significativamente su comercio exterior y sus inversiones de capital en detrimento de Estados Unidos y se convierten en polos decisivos de la economía internacional. Las burguesías latinoamericanas no ignoran esta realidad. La limitación más importante para una acción más decisiva en el plano comercial ha sido el vínculo del Mercado Común Europeo con las antiguas colonias africanas y asiáticas. Sin embargo, se han firmado importantes acuerdos en nuevas bases que inciden sobre tecnología avanzada, como el de fabricación de reactores atómicos entre Brasil y Alemania. Asimismo, las relaciones comerciales se han ampliado y las inversiones de Europa y Japón también.

Al mismo tiempo, la burguesía del subcontinente, envuelta en esos grandes problemas externos, se ve imposibilitada de obstruir sistemáticamente una apertura hacia los países socialistas que le promete financiamiento barato y mercado para sus productos. Desde mediados de los años 60 hasta el presente, metiéndose por la brecha de la llamada distensión entre Estados Unidos y URSS y la posterior apertura de relaciones de EU con China, los gobiernos latinoamericanos de los más diferentes signos ideológicos iniciaron y profundizaron relaciones comerciales y diplomáticas con los países socialistas. En la medida en que el déficit comercial y financiero se agiganta se hace necesario recurrir a las posibilidades comerciales y financieras de los únicos países que no participan de la depresión económica internacional. Sin embargo, el capitalismo desarrollado ya se dio

cuenta de que la ampliación de las relaciones con las economías socialistas sólo es posible en base a acuerdos bilaterales de Estado a Estado, y así también los países dependientes que disponen de un aparato de intervención estatal del comercio exterior muy desarrollado por razones económicas conocidas (control de divisas para favorecer la sustitución de importaciones, intervención del Estado para asegurar los precios internacionales de las materias primas y productos agrícolas) se ven en la necesidad de reforzar esa intervención con efectos en el desarrollo del capitalismo de Estado. Por otro lado, las formas de complementariedad comercial, al principio poco claras, se van dibujando: los países socialistas son compradores importantes no sólo de productos agrícolas (la URSS es en general gran productora de materias primas, lo que limita las relaciones en este campo) sino también pueden comprar importantes cantidades de productos industrializados como zapatos y tejidos. En cuanto a las importaciones del campo socialista se va abriendo el abanico: turbinas eléctricas, maquinarias, materias primas para la industria química, petróleo y hasta armamentos.

El comercio y el financiamiento del campo socialista deberán crecer necesariamente y las resistencias opuestas por fuerzas tradicionalistas pueden muchas veces obligar a las burguesías locales a sostenerse en el movimiento popular para lograr estos objetivos; en algunos casos, es la dinámica misma del movimiento popular que incita a ampliar esas relaciones.

Se trata de la creciente incorpora-

ción del Estado en la economía a fin de sostener el sistema monopolístico, asumiendo roles productivos en el desarrollo de una infraestructura cada vez más compleja, que sirve de base a la cada vez más sofisticada tecnología que materializa los procesos productivos del sector directamente controlado por el capital extranjero en el continente, y en la explotación de las materias primas exportadas "cedidas" por el capital extranjero como parte del proceso que define el nuevo carácter de la dependencia en estos países. Igualmente, el Estado tiende a convertirse en el principal financiero del sector privado, utilizando sus propios recursos o intermediando o atrayendo préstamos del exterior.

Es así como, en relación a no hace mucho tiempo atrás, el Estado ha adquirido una importancia económica relevante en América Latina. Actualmente el Estado controla la producción de energía en prácticamente la totalidad de los países y la distribución de la misma en la mayoría de ellos. Controla además la explotación del cobre chileno y peruano; el petróleo mexicano, venezolano y peruano (probablemente el ecuatoriano en un futuro próximo) y en el curso del presente año puede producirse el control de las bananeras de Centroamérica. Cabe señalar que el control de la producción de las materias primas exportables no va acompañado de un control consecuente de la comercialización internacional de los productos, reservada al capital extranjero de acuerdo a los esquemas de la nueva dependencia.

Se está intensificando así la estruc-

turación del capitalismo monopolista de Estado en América Latina. Se trata sin embargo, de un capitalismo monopolista de Estado que, como todas las instancias estructurales de la sociedad latinoamericana contemporánea, está condicionado por su situación de dependencia. En este caso concreto ella se expresa en el hecho de que la interrelación entre Estado y monopolio se materializa entre Estados nacionales y empresas monopolísticas controladas por el capital extranjero (corporaciones multinacionales). En ese marco, el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado contribuye en última instancia sólo a acentuar las características dependientes de ese desarrollo y la crítica situación internacional antes descrita.

Sin embargo, el papel preponderante que necesariamente debe jugar el Estado en la actual coyuntura ha representado un elemento de conflicto político serio entre facciones de las clases dominantes latinoamericanas. Ello ha implicado que en el presente se planteen claramente diferenciadas dos tendencias en relación a la estructuración definitiva de ese capitalismo monopolista de Estado.

De una parte se ha definido un proyecto de orientación democrático-liberal que fomenta su capacidad de acción política en la posibilidad de restaurar viejos moldes de alianzas sociales sobre la base de un populismo nacionalista, fortalecido en el presente por una mayor capacidad de negociación internacional que permite la crisis del sistema capitalista internacional y que tiene como consecuencia el debilitamiento relativo de las potencias dominantes. Esta alternativa, como es lógico, tiene mayores

posibilidades de desarrollarse en aquellos pocos países favorecidos o relativamente menos afectados por la situación económica internacional. En esas condiciones, los sectores dominantes internos tienen una mayor capacidad de control de las variables políticas sobre la base del mayor bienestar material general que puede inducir, aunque momentáneamente, la situación económica externa. Es así como podemos identificar claramente un proceso en marcha, con esta orientación, en Venezuela.

Como alternativa aparecen, también con caracteres bastante definidos, las situaciones que comienzan a desarrollarse en los países del cono sur del continente. En este caso no se trata de plantear una conciliación de clases sobre la base de objetivos populistas que permitan la estabilidad del capitalismo monopolista de Estado sino que, dada la magnitud de la crisis interna y la incapacidad consecuente de negociación por parte de los sectores dominantes, se trata de instaurar regímenes con una alta capacidad de control y represión política y social. Estos regímenes dictatoriales de innegable carácter fascista, tienen el objeto de imponer una solución económica drástica que asegure la capitalización de los monopolios sobre la base de una intensificación de las condiciones de explotación internas y de una apertura irrestricta al capital extranjero.

La oposición entre estos dos esquemas de estructuración del capitalismo monopolista de Estado va a definir el marco fundamental del desarrollo político y económico inmediato a América Latina. No es posible, sin embargo, aven-

turar las alternativas concretas del enfrentamiento entre ellas o las posibilidades definitivas de imposición de una u otra. Estas alternativas dependen de muchos factores, entre ellos las características y extensión que en definitiva asume el proceso de recuperación y crisis del sistema capitalista internacional.

En lo inmediato, la tendencia de carácter fascista tiende a imponerse en el sur, en tanto que la tendencia nacionalista y populista de orientación liberal es evidente en los países del norte. Sin embargo, a pesar de que es evidente el imperio de la dictadura fascista en Chile, el intento de imposición de un sistema equivalente en Argentina no ha podido consolidarse hasta ahora y aún debe enfrentar arduamente a la oposición de la burguesía liberal y sobre todo del movimiento popular. Igualmente, a pesar de la aparente estabilidad de la dictadura brasileña, la oposición burguesa liberal ha alcanzado un grado considerable de apoyo popular y se desarrolla rápidamente. A su vez, a pesar del predominio de la tendencia nacionalista y populista en el control del Estado en los países del norte de América Latina, alientan en el seno de la mayoría de ellos fuerzas de clara orientación fascistizoide que han llegado a expresarse de manera bastante notoria, como ocurrió con el intento de golpe de Estado en Ecuador o el alzamiento de la policía en Perú.

Para que la crisis internacional del capitalismo y su expresión agudizada en América Latina, junto con la pugna interna entre distintas corrientes del pensamiento y la acción política de las clases dominantes, permitan a la iz-

quierda latinoamericana estructurar un proyecto político propio, ésta deberá hacer un gran esfuerzo para superar muchos de los vicios y desviaciones que la caracterizaron en el pasado. Para enfrentar la situación actual es necesario desarrollar una gran capacidad política en condiciones de traducirse en programas concretos que logren concentrar la mayor cantidad de fuerza social en el polo revolucionario de la sociedad. Para ello es imprescindible una gran claridad de objetivos y una sensibilidad política táctica que permitan la materialización práctica de esos objetivos.

Los últimos años han sido ricos en experiencias de las cuales el movimiento revolucionario latinoamericano puede alimentarse para enfrentar con solvencia el presente. Lejano queda ya el desgaste de fuerzas en intentos estratégicamente equivocados, como el foquismo, que arrastraron al sectarismo y al alejamiento de las masas populares y de sus luchas concretas.

Nuevos elementos se han agregado más recientemente al medio social y político en que debe desarrollar sus actividades la izquierda. Uno de los principales es el que se desprende de las experiencias peruana y panameña actuales, la de la República Dominicana con Camaño Dena en 1966, y de la boliviana durante 1970-71, puesto que ha quedado demostrado en ellas la existencia de corrientes internas en los propios aparatos de represión del imperialismo, sensibilizadas por la acción del movimiento revolucionario y dispuestas a asumir sus propias responsabilidades políticas.

También está la experiencia de la

derrota reciente del movimiento revolucionario chileno, unificado en torno de la Unidad Popular. Quedó con ella probada la factibilidad de desarrollar procesos políticos de carácter revolucionario, orientados por definiciones estratégicas de innegable carácter socialista y para los cuales es posible concitar el apoyo de amplias capas sociales bajo la conducción de la clase obrera. La derrota de la experiencia chilena no se explica, en consecuencia, por las concepciones estratégicas socialistas que la orientaron sino en la incapacidad de las vanguardias políticas para enfrentar las situaciones que su propia actividad había creado.

En cada una de estas situaciones se produjeron elementos comunes: desarrollo de amplios movimientos de masas; sensibilización e incorporación a la acción revolucionaria de capas cada vez más amplias de la sociedad y la incapacidad de las clases dominantes de impedir que el conflicto social se traslade a sus propios aparatos represivos, que tenderán a reproducirse en los periodos de agudización de la lucha de clases y auge del movimiento revolucionario. Ellas proporcionan a la izquierda latinoamericana nuevos elementos de juicio y nuevos instrumentos para desarrollar su propia actividad. En consecuencia, el estudio de la situación de coyuntura en América Latina, nos presenta en su conjunto una dirección favorable para una perspectiva revolucionaria, a pesar de las derrotas parciales.

De esta conclusión, sin embargo, lo más importante resulta ser en definitiva la mayor responsabilidad que ella

involucra para las vanguardias revolucionarias de América Latina puesto que, en tanto mayor sean las experiencias del pasado, mayor será el deber de no equivocarse. Los errores, como es ya evidente, se pagarán al precio del oscurantismo y la barbarie.

3. *Efectos en el campo interno*

El conjunto de factores derivados de la coyuntura económica internacional incide profundamente sobre el plano interno. Esta incidencia no es de ninguna manera mecánica y no puede crear por sí misma la realidad de estos países. Esta realidad será fruto de la interacción entre los condicionamientos creados por la crisis internacional del capitalismo y la acción de las fuerzas económicas, sociales y políticas internas cuya maduración, desarrollo ideológico, capacidad de organización, definición estratégica y flexibilidad táctica asegurarán el resultado final o el proceso histórico concreto.

En primer lugar, la crisis en marcha acelerará el debate ideológico sobre los modelos de crecimiento económico a adoptarse. Este debate encontrará nuevos marcos en la medida en que se profundiza la crisis internacional. La disyuntiva está entre un desarrollo volcado hacia el mercado interno, la redistribución del ingreso, la elevación del nivel de vida de las masas, la absorción masiva de la mano de obra, la capacidad de opción tecnológica propia, la conducción nacional del desarrollo económico, el control del comercio internacional, y el modelo hasta ahora dominante que ve en el mercado internacional el factor

dinámico, concentra el ingreso, intensifica la explotación de los trabajadores, excluye amplias masas del empleo, basa su capacidad tecnológica en la importación de tecnología, se apoya en el llamado financiamiento externo y en la desnacionalización de la economía, intenta liberalizar el comercio externo y apoyarse en las fuerzas de un pretendido mercado internacional.

La esencia de la cuestión ideológica en discusión está en la capacidad del capitalista nacional en los países dependientes de realizar un modelo de desarrollo popular como el que describimos en primer lugar. La profundización de la crisis internacional y el debilitamiento del dominio imperialista mundial que ella provoca, pueden estimular y de hecho lo hacen, a fuerzas políticas locales de origen pequeñoburgués a intentar su puesta en práctica. Sin embargo, los avances de la ciencia social latinoamericana en los años 60 nos permiten constatar la total inviabilidad de un modelo de desarrollo popular y progresista en los marcos del capitalismo latinoamericano y, sobre todo, la incapacidad de las burguesías locales de seguir este camino ¿Cómo es posible pues que renazcan tales tendencias en el periodo actual? Renacen por la crisis internacional que estimula a los sectores democráticos y nacionalistas a aprovechar las oportunidades entregadas por el debilitamiento relativo del imperialismo. Renacen, por otro lado, en virtud de una creciente presión popular que se busca canalizar dentro de un marco reformista del sistema. Se crea una situación de transición en que la emergencia de fuerzas populares se acentúa y los intentos de

conducirla por un camino reformista se enfrentan con una radicalización creciente de la derecha. Entre las reacciones de derecha a los avances bolivianos de 1952, el guatemalteco de 1954, el venezolano de 1961-63, el brasileño de 1961-64, el dominicano de 1966, el boliviano de 1970-71, el chileno de 1970-1973 y el argentino de 1972-74, se puede notar un despojamiento progresivo de la ideología liberal y una tendencia creciente hacia el fascismo. La radicalización es, pues, un elemento dialéctico de una realidad continental (y en muchos sentidos internacional) en la que se van clarificando los papeles puestos en conflicto, que se van convirtiendo de minorías agresivas en potentes organizaciones sociales. Esto no quiere decir que el resultado final del proceso sea inevitablemente el triunfo absoluto de una de las dos fuerzas; en casos excepcionales se podrá mantener por largos periodos una fórmula de centro que vacile bajo la presión de extremos cada vez más poderosos. Pero la dinámica total del proceso está condicionada cada vez más por un desarrollo popular basado en una economía de transición al socialismo y las fórmulas políticas y estatales que le correspondan, o un desarrollo y crecimiento económico dependiente y antipopular asentado en formas de gobierno autoritario y regímenes de fuerza que las aseguren. En resumen: socialismo o fascismo, a pesar de los matices y de las formas distintas de transición que se perfilen.

La crisis internacional ha generado el elemento central de esta opción: el debilitamiento de las relaciones económicas de mercado, de las políticas econó-

micas liberales y el fortalecimiento de la intervención masiva del Estado en la economía. Ya vimos cómo las necesidades de relación económica con el bloque socialista impulsan tales tendencias. Resaltemos ahora la importancia que representa la toma de posesión creciente por los Estados nacionales de casi todo el aparato económico de infraestructura y de bienes primarios exportados, la que se produjo desde la última década hasta el presente. Compañías que mantenían un dominio de varias décadas sobre la economía primario-exportadora, o fueron expropiadas o vendieron pacíficamente sus inversiones reinvertiendo en sectores industriales, de servicio o comerciales modernos. Aquello que se llamó en 1966 "el nuevo carácter de dependencia" es hoy día una realidad consumada. Las siglas de la Light S. A. en Brasil, de la Gulf en Perú y Bolivia, de la Keneth Copper en Chile, de la Standard Oil en Venezuela, de la United Fruit en Centroamérica que se habían constituido en símbolo del imperialismo en los años 30, 40 y 50 van desapareciendo para dar lugar a poderosas empresas estatales sus sustitutas. Esto significa, de un lado, que el imperialismo cambió de carácter volcándose hacia nuevos campos de inversión y, de otro, que el Estado en América Latina se convierte en el gerente de la producción de materias primas exportables y de los servicios de infraestructura esenciales, como transportes, comunicaciones y energía eléctrica.

Pero hay que ver con mucho cuidado esta nueva situación. Ella plantea una readecuación de la relación entre el Estado y los monopolios hacia una integración funcional entre los dos agentes

económicos en la cual el Estado se subordina a las metas del monopolio. Cualquier otro tipo de relación es disfuncional en términos capitalistas. Si el Estado intenta sobreponerse al monopolio y restringir sus tasas de ganancia, provoca una crisis en el proceso de acumulación capitalista que lleva al estancamiento o la revolución. La función del Estado, donde se conserva el monopolio, tiene que ser la de facilitar su desarrollo y su tasa de ganancia. La única forma por la cual el capitalismo de Estado puede sobreponerse al monopolio de manera real, es a través de su eliminación pura y simple, es decir, el socialismo.

Pero, otra vez, la realidad no es tan simple: la acumulación del capital no se desarrolla siempre de manera funcional aun cuando la economía se mantiene en el marco del capitalismo. Hay que mirar el proceso real desde un punto de vista dialéctico. Las fuerzas sociales que presionan sobre la política económica del Estado son muy distintas y ella es más bien una resultante de esas fuerzas y de la correlación existente entre ellas. Sólo en periodos excepcionales, particularmente en las fases de crecimiento económico continuo, se puede establecer una armonía funcional entre la hege-

monía del monopolio y los intereses del pequeño capital, de la pequeña burguesía y de las capas más bien remuneradas de los trabajadores. En esos periodos el capitalismo monopolista de Estado se impone sin grandes fisuras. Pero en los periodos de crisis internacional del sistema, como el que vivimos, estas relaciones empiezan a resquebrajarse y entra en crisis el conjunto de las relaciones de clase, institucionales y políticas.

Por eso, podemos ver las victorias parciales que sectores pequeño burgueses y populares pueden obtener en el contexto de la crisis. Pero esas son victorias ficticias pues en la medida en que se van superando las crisis se van creando las condiciones para establecer la plena hegemonía del gran capital nacional e internacionalmente. Pero mientras la crisis es el factor principal, las contradicciones pueden acentuarse y exigir soluciones radicales, revolucionarias o contrarrevolucionarias.

En este sentido, a falta de cambios revolucionarios, el proceso tiene que desarrollarse en su conjunto en América Latina y en el Tercer Mundo en general hacia una clarificación de los ajustes funcionales entre el Estado y el monopolio.